

dueños de esas tiendas las cerraron del todo el día del sepelio; que gran parte del vecindario colocó en el exterior de sus casas lazos negros ú otras insignias significativas; y que aun las compañías teatrales espontáneamente suspendieron entonces sus funciones: muestras todas esas de la generalidad del sentimiento de pesar que henchía aquí los pechos, del cual sentimiento se hacían partícipes con los propios los extraños.

Y se llegó al cabo el día 19, el destinado para que desapareciera por siempre de nuestra vista la forma real del gran Prelado: desde la víspera listo estaba allí, en el salón del Trono, el pavoroso féretro, un riquísimo lecho destinado ¡ay! á que de él no se levantara jamás quien una vez lo ocupase como dueño absoluto, una joya del arte de la ebanistería: tiene figura oblonga; el exterior tapizado de costoso paño negro, sobre el cual en contorno caen finos lambrequines que rematan en arrequives de enlazados cordones de pasamanería, con pendientes de airosos cáireles. Sobre la mitad de la primera cubierta, en la cabecera, arriba y abajo de una cruz de plata alemana, se ven dos ángeles del propio metal, llevando cada uno en sus manos un turíbulo superado de una crucecita: de esos ángeles, el de arriba aparenta descender, á la vez que el de abajo figura tender el vuelo á lo alto; y en cuanto á la segunda mitad, la cual es practicable, sobre su negro fondo de paño, en el centro, tiene adaptada una placa de argento, obsequio del afamado artista D. Eustasio Ulloa y en la cual el mismo señor grabó esta inscripción latina:

GESTOR INCLITUS
PETRUS LOZA

ARCHIEPISCOPUS QUONDAM GUADALAXARENSIS

HIC JACET.

IN LUCEM EDITUS

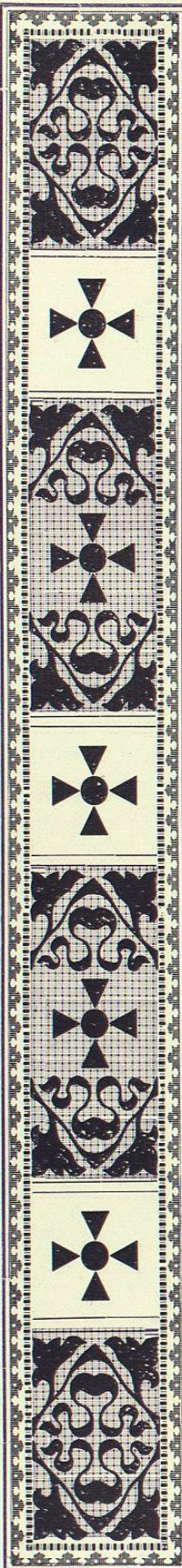
XV KALENDAS FEBRUARIAS MDCCCXV.

OBIIT

XVII KALENDARUM DECEMBRIS MDCCCXCVIII.

R. I. P.

Por cada lado de la caja están compartidos tres tiradores de plata. Levantando la mitad superior de la primera tapa, aparece extendido un grueso cristal corredizo, y sobre él hay otro que viene á quedar sujeto á una lámina de cobre con ornamentaciones talladas primorosamente, la cual ocupa la mitad inferior de la segunda tapa. El interior de la caja



TRASLACION DEL CADAVER,
hecha desde el Palacio Arzobispal á la Santa Iglesia Metropolitana.

ANGELA GONZALEZ

está, finalmente, tapizado de raso blanco, acojinado y abullonado. ¡No podía ser más bello y elegante el tálamo del inolvidable Príncipe de la Iglesia de Guadalajara, en sus nupcias con la Muerte, autócrata de todas las naciones y dueña absoluta de la vida de todos los hombres!

Eran las ocho y tres cuartos de la mañana cuando el ataúd fué conducido á la Capilla y en él se colocó el cadáver, juntamente con una preciosa cajita china de madera, en la que se contenía en pergamino la certificación del embalsamamiento.

Poco después salía del Palacio de los Pastores Guadala-jarenses, edificio que sobre las rejas de su balcón principal dejaba ondear apaciblemente un gran cortinaje de raso negro con flecos de plata, el obscuro féretro, llevado en hombros de los Señores Oficial Mayor de la Secretaría del Gobierno Eclesiástico Dr. D. Jesús Alonzo, Familiares Presbíteros D. Ignacio Zermeño y D. Luis Romo y Diáconos D. Cipriano Iñiguez y D. Antonio de P. Correa, y de los Catedráticos del Seminario Señores Presbíteros Bres. D. Ignacio Plasencia y D. Arcadio Medrano. Formábanle un pequeño cortejo al ataúd, precediéndole, las Maestras y alumnas de algunas escuelas, distinguidos particulares y miembros de la Clerecía, y cerrando la marcha, el Ven. Cabildo y los Representantes de la Cámara de Comercio y de la Colonia Francesa, conduciendo éstos sus coronas de candidas flores, tan grandes esas ofrendas que apenas dos de ellos llevaban cada una trabajosamente.

Henchía la plazuela que media entre el Palacio y la Catedral un hormiguero humano, que al paso de la fúnebre procesión se descubrió respetuosamente y que luego se arremolinó ansioso, pretendiendo entrar en pos de ella á la Basílica, plena de fieles ya á ese tiempo; mas por dicha se logró cerrar con rapidez tras la compañía mortuoria el cancel que le dió acceso y la multitud se estrelló en él como las olas furiosas contra los acantilados de una abrupta costa.

¡Oh, qué aspecto tan imponente y al par conmovedor presentaba adentro el primero de los templos de la Arquidiócesis! Al estar allí, en aquella hora, imaginábase uno tener á la vista á una desconsolada reina que tendía sus brazos para recibir el cadáver de su esposo, muerto de las resultas de gloriosas heridas: no ha arrojado sus joyas lejos de sí porque la dignidad de su carácter se lo prohíbe; su corpiño, su luenga falda y su manto tienen el color triste de los pensamientos umbríos; sus lágrimas corren á torrentes y su dolor se desborda en gemebundos suspiros. Esos detalles la mente podía concebirlos en lo alhajado de aquel recinto, en las colgadur-



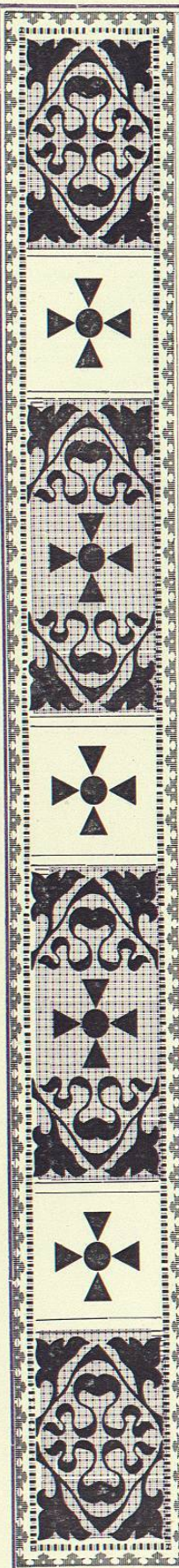
ras luctuosas, en los millares de luces y en los cantos funerarios.

Era grandiosa la ornamentación que daba resalte ese día á las bellezas arquitectónicas de la gran Basílica: tapizaban los muros de las dos naves laterales lujosas cortinas de tela morada, suspendidas de dos en dos, de manera que se abrían por su parte inferior sobre los blancos altares de orden corintio, uniéndose las extremidades de cada una de esas parejas en graciosos pliegues, y caían desde el cornisamiento hasta tocarse con los puntos de intersección de esas cortinas, sobre las medias columnas, otras amplias colgaduras de terciopelo negro guarnecidas de flecos de plata.

Cortinada también de negro estaba la puerta que da acceso á la sacristía; en la principal ostentábanse riquísimas colgaduras de terciopelo rojo, sobrepuesto en parte de transparentes telas lúgubres; las ventanas y claraboyas aparecían veladas con oscuras gasas que amortiguaban la luz natural; los ambones y el púlpito estaban cubiertos con frontales negros recamados de plata; culebreaba por los muros del coro una ancha banda de terciopelo negro que remataba en flecos de plata, y en el centro de la testera del mismo lugar se abría una doble cortina negra que mostraba en su claro otra más larga, todas con orlas del mismo metal. Finalmente, de lo alto de la primera bóveda estaba pendiente un tétrico y grande pabellón de gasa, los cuatro gajos del cual, repartidos en forma de ondas, acababan por sujetarse, los dos anteriores á las columnas delanteras, y los otros á los muros de las naves laterales; y, por último, el mármoleo ciprés surgía artísticamente encubertado de crespones del color de la noche.

Sobre aquel fondo morado y bruno se reflejaban miríadas de luces, causando el efecto de las enormes chispas que aparecen en la boca del cono á trechos violáceo y á trechos endrino de un volcán en ignición, ó á titilantes estrellas destacándose sobre un cielo aquí cubierto de capuces nebulosos y allá libre su tinte cerúleo.

Esa iluminación estaba así distribuida: sobre el altar mayor seis gruesos cirios ocupaban los ricos candeleros de las solemnidades clásicas; seis grandes blandones de áureo metal sostenían, al frente del presbiterio, otras tantas hachas; en el centro de la nave central, formando dos filas paralelas, había otros ocho blandones de azófar, soportando también sendos cirios, exornados de moños negros, como cuantos de ese género estuvieron en servicio, y todas las preciosas arañas de las tres naves formaban constelaciones radiosas con las innumerables velas de que estaban cuajadas. Todo esto sin comprender todavía las luces que especialmente estaban desti-



nadas á decorar el pomposo catafalco que, como con tanta elegancia ha dicho uno de nuestros más floridos escritores "hoy se elevaba luctuosamente representando el aye gemebundo que volaba al cielo, arrancado del corazón de la Grey del Pastor muerto."

Se erigió ese monumento bajo la penúltima bóveda de la nave central, al Poniente, como es costumbre en casos semejantes. Formaba el cuerpo inferior un amplio zócalo negro, fileteado de oro y en cuadro, que ofrecía acceso por escalinatas abiertas respectivamente en medio de cada uno de los costados, compuestas de ocho peldaños, ceñidas por los balaustres de las barandillas bronceadas que descendían del zócalo, -después de haber contorneado éste en la parte correspondiente, sosteniendo una infinidad de candelas encendidas en el pasamano, y ocho pebeteros dispuestos en los ángulos de las escalinatas, y que por fin remataban en pequeñas columnas salomónicas truncadas.

El segundo cuerpo estaba compuesto de doce bases que correspondían á ocho columnas de orden dórico é imitando blanco mármol viejo, y á cuatro candelabros en forma de obelisco, que formaban con cada dos de aquéllas un rectángulo y que sostenían cinco antorchas repartidas en sus cuatro brazos y su delicada aguja.

A la parte inferior de los intercolumnios, en cuadretes de fondo color de ámbar que imitaban el pergamino y con caracteres negros, se leían estas inscripciones latinas, tomadas de la Sagrada Escritura, y estas octavas castellanas, en alabanza del muy virtuoso y ameritado difunto Príncipe de la Iglesia:

Decía la inscripción central del lado Poniente, frontero á la puerta mayor del templo:

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsi domum, et in diebus suis corroborabit templum.

Eccl. L. 1.

La de la derecha de ésta:

Ipse est directus divinitus in poenitentiam gentis, et tulit abominaciones impietatis.

Eccl. XLIX. 3.

La de la izquierda:

In omni ore quasi mel indulcabitur ejus memoria, et ut musica inconvivio vini.

Eccl. XLIX. 2.

La del centro en el lado Sur:

*Extremado modelo de energía,
Cuyo fuego templaba la prudencia,*

